EN MEMORIA DEL

DR. D. JUAN GÓMEZ Y GONZÁLEZ DE LA BUELGA*



Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes, medalla número 119.

En su toma de posesión, celebrada el día 10-05-2000, pronunció el discurso de ingreso: *La larga y penosa búsqueda de una ordenación territorial para Madrid (Una propuesta de estructuración metropolitana).*

https://www.radoctores.es/academico.php?item=117

* Sesión en memoria del Dr. D. Juan Gómez y González de la Buelga celebrada en la Real Academia de Doctores de España el 18-2-2026. https://www.rade.es/pagina.php?item=1988

ANTONIO NOTARIO RUIZ
Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España
anotaz@usal.es

TIEMPOS MUSICALES Y LITERARIOS PARA UN HOMBRE RENACENTISTA: DON JUAN GÓMEZ Y GONZÁLEZ DE LA BUELGA

No es fácil comenzar a escribir. La página en blanco establece su diálogo tenso con la pluma, el bolígrafo o el teclado del ordenador y parece empeñarse en dificultar el comienzo de la escritura. Todavía más difícil es escribir con motivo de despedidas o recuerdos de quienes ya no están físicamente con nosotros. En casi todas las ocasiones es preferible comenzar diciendo lo esencial, o al menos una parte no menor de lo esencial, en lugar de perderse en introducciones o en circunloquios insustanciales. Y en este caso, al recordar a don Juan Gómez y González de la Buelga, una de las claves es pensarlo como un hombre renacentista. Por su talante, por sus dedicaciones, por sus gustos, sus lecturas, sus aficiones…mucho había en él de lo que habitualmente atribuimos al espíritu y la sensibilidad renacentista. Es posible que algo de esa sensibilidad lo adquiriera en su formación, impregnada del humanismo cristiano que ha recorrido como un fundamento inamovible la historia de los últimos siglos. Sin duda el contacto con la modalidad educativa de esa herencia que los Marianistas aportaban en sus centros de enseñanza y en su tarea pastoral pudo permear las cualidades innatas de don Juan. Pero ha sido su propio esfuerzo y su tesón lo que le ha permitido construir una vida y una obra marcadamente renacentista. Esa es la primera aportación en su recuerdo que puedo mencionar. Por eso su pertenencia a la Sección de Arquitectura y Bellas Artes le ha permitido vivir su impulso creativo e intelectual aportando siempre con afecto y con profundidad, ya que es una sección constitutivamente renacentista.

Además de ese carácter renacentista, de la sección de Arquitectura y Bellas Artes se puede afirmar que es pitagórica o que sus participantes son pitagóricos. Tanto arquitectos como músicos, pintores, poetas y quienes danzan se pueden incluir en el amplio conjunto de pitagóricos que, consciente o inconscientemente, recorren la historia desde hace cientos de años conjugando los números de la belleza, abrazando simetrías, regalando armonía y buenas proporciones, haciendo real lo que los números parecen dictar en un cosmos sobrehumano. Pitagórico fue el Maestro Salinas y también Fray Luis de León cuando le cantaba en su célebre oda. Pitagórico ha sido Bach al levantar las monumentales obras que desarrollan lo que ya estaba presente en la polifonía ibérica, española y portuguesa de Tomás Luis de Victoria, Manoel Cardoso o Cristóbal de Morales. y

Juan Bautista de Toledo o Juan de Herrera, Antonio Gaudí, Fray Francisco Coello de Portugal y nuestro querido Juan Gómez y González de la Buelga…¿no han sido todos ellos sino pitagóricos aplicados y perfeccionistas? ¿No han sido sus planos preciosos tratados que habrían emocionado al sabio griego dándoles acceso directo al núcleo de su círculo? No me cabe duda de esta filiación pitagórica. Pero no quiero decir con esto que no haya en la Sección de Arquitectura y Bellas Artes y en la propia sensibilidad y obra de don Juan algo o mucho de platónico y de aristotélico. De ambas escuelas hay influencia en el Renacimiento. Pero creo que se puede subrayar -y más siendo la música mi dedicación principal - que arquitectos y artistas del sonido están más cerca del lejano y oscuro maestro Pitágoras que de otras escuelas y tradiciones.

Sea como fuere, llegados al punto de tener que recordar a quienes nos han dejado, es bueno retomar aquellas reflexiones del cineasta Andrei Tarkovski, también él, artista más que técnico, poeta de las imágenes y pensar en cómo nos esculpe el tiempo. Efectivamente, el tiempo nos va esculpiendo sin cesar, y se hace forma en nuestros planos, en nuestras partituras, en nuestras pinceladas, en nuestras coreografías, en nuestros poemas. Tal vez merezca la pena recordar esa frase del poeta Goethe: la arquitectura es música congelada. Tanto si los arquitectos están de acuerdo como si no, es una bella metáfora, que, aparte de su potencia poética, refuerza la unión que histórica y esencialmente entrelaza a la arquitectura con la música. Basta recordar en tiempos recientes como Le Corbusier, Xenakis o Renzo Piano han puesto al servicio de los sonidos su destreza y la construcción de volúmenes específicamente pensados para la música o desde la música. Los *Politopos* de Xenakis podrían ser tomados como modelos para la enseñanza de la composición musical y sonora igual que, en otro nivel, las lecciones de Kandinsky sobre la línea y el punto. La fraternidad entre las artes –o la sororidad, si queremos ser más actuales- es especialmente estrecha entre arquitectura y música.

Artes del espacio, artes del tiempo. Nada escapa al carácter temporal de nuestra conciencia ni de nuestra vida. Nos llega el compás final, la cadencia definitiva siempre con algo pendiente, con alguna tarea inconclusa, por mucho que se haya intentado dejar todo preparado por si acaso llega ese final. Nos acaba la vida sin remedio, como acaba la orquesta tras el último acorde de la cadencia perfecta o el poema tras el último punto y final. Que mejor que evocar a Don Juan con algo de la música que amaba: inmersión en su tiempo, en el de la propia música y en el nuestro. Tal vez el Preludio a *La Verbena de la Paloma*, compuesta por Tomás Bretón, dirigido por Ataúlfo Argenta, lleve ecos de su

infancia tan ligada al Teatro de la Zarzuela. Puede escucharse sin dificultad gracias a las nuevas herramientas tecnológicas. Y escuchamos en esa página inolvidable la alegría y la melancolía, la maestría del tiempo bien controlado por el director y la del compositor haciendo discurrir líneas de belleza entrelazadas. Como en la vida, sentimientos y sensaciones, expectativas y dolores, formando un tejido que nos devuelve el espejo musical.

Como contrapunto al tiempo musical de la zarzuela, les propongo otra evocación, otra presencia histórica y que viene desde nuestro Siglo de Oro. Es ahora un tiempo literario y, en mi opinión, muy español: el del final de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Un final de ficción que nos lleva al final cierto y verdadero de nuestro ser biológico, a la muerte física. Un final que nos conmueve tanto o más por las lágrimas ingenuas y sinceras de Sancho Panza que por el fallecimiento de quien luego se mencionará como inmortal. Las pueden leer en el capítulo setenta y cuatro de la Segunda Parte del Quijote.

> Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinación de sus principios hasta llegar a su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de don Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él menos lo pensaba; porque, o ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, o ya por la disposición del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura, que le tuvo seis días en la cama, en los cuales fue visitado muchas veces del Cura, del Bachiller y del Barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buen escudero. Éstos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenía de aquella suerte, por todas las vías posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase, para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenía ya compuesta una égloga, que mal año para cuantas Sanazaro había compuesto, y que ya tenía comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butrón, que se los había vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba don Quijote sus tristezas.
>
> Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que, por sí o por no, atendiese a la salud de su alma, porque la del cuerpo corría peligro. Oyólo don Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron a llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó don Quijote que le dejasen solo, porque quería dormir un poco. Hiciéronlo así y durmió de un tirón, como dicen, más de seis horas; tanto, que pensaron el Ama y la Sobrina que se había de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y, dando una gran voz, dijo:

-¡Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho! En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.

Estuvo atenta la sobrina a las razones del tío, y pareciéronle más concertadas que él solía decirlas, a lo menos, en aquella enfermedad, y preguntóle:

-¿Qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿Tenemos algo de nuevo? ¿Qué misericordias son éstas, o qué pecados de los hombres?

-Las misericordias -respondió don Quijote-, Sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, a quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, Sobrina, a punto de muerte; querría hacerla de tal modo, que diese a entender que no había sido mi vida tan mala, que dejase renombre de loco; que puesto que lo he sido, no querría confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, a mis buenos amigos: al Cura, al bachiller Sansón Carrasco y a maese Nicolás el barbero que quiero confesarme y hacer mi testamento. […]

Estas nuevas dieron un terrible empujón a los ojos preñados de Ama, Sobrina, y de Sancho Panza su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se ha dicho, en tanto que don Quijote fue Alonso Quijano el Bueno, a secas, y en tanto que fue don Quijote de la Mancha, fue siempre de apacible condición y de agradable trato, y por esto no sólo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían. Entró el escribano con los demás, y después de haber hecho la cabeza del testamento y ordenado su alma don Quijote, con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando a las mandas, dijo:

-Ítem, es mi voluntad que de ciertos dineros que Sancho Panza, a quien en mi locura hice mi escudero, tiene, que porque ha habido entre él y mí ciertas cuentas, y dares y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno después de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga; y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.

Y volviéndose a Sancho, le dijo:

-Perdóname, amigo, de la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.

> -¡Ay! -respondió Sancho llorando-. No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallaremos a la señora doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme a mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal a Rocinante le derribaron; cuanto más que vuesa merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana. […]
>
> -Señores -dijo don Quijote-, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo: fui don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno. Pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía, y prosiga adelante el señor escribano.
>
> […] Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo a largo en la cama. Alborotáronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres días que vivió después deste donde hizo el testamento, se desmayaba muy a menudo. Andaba la casa alborotada; pero, con todo, comía la Sobrina, brindaba el Ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra o templa en el heredero la memoria de la pena que es razón que deje el muerto. En fin, llegó el último de don Quijote, después de recebidos todos los sacramentos y después de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballerías que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu: quiero decir que se murió.

Mi recuerdo y mi homenaje a Don Juan toma un motivo manchego y otro salmantino, como se puede comprobar. Con Cervantes y Alonso Quijano que han inmortalizado la Mancha y la han unido a la memoria de millones de personas. Con Tomás Bretón, compositor salmantino que ha llevado la zarzuela a una de sus expresiones más logradas y que se mantiene en el recuerdo de espectadores, oyentes e intérpretes. Música y literatura para el recuerdo, para la memoria permanente. Como esos autores y esas obras, nuestro añorado Don Juan Gómez y González de la Buelga permanecerá en el tiempo, siempre en nuestro recuerdo como un humanista, un excelente compañero y un heredero del Renacimiento.